

REVISTA ESPIRITISTA

PERIÓDICO DE

ESTUDIOS PSICOLÓGICOS.

RESÚMEN.

Sección doctrinal: La mansedumbre es una fuerza. II.—Cartas sobre el Espiritismo por un cristiano, XXI.—Nuestro sistema planetario: II. Idea general.—El Espiritismo y la Masonería. II.—Conversaciones familiares de ultra-tumba: Un suicidio por amor.—*Dissertaciones espiritistas:* La Fe.—Bibliografía: Marietta.—*Miscelánea:* Una aparición en Vich.—Precocidad para el crimen.—El Espiritismo y el Catolicismo en Salamanca.—Discusión religiosa en Esparraguera.—Una profecía.—Advertencia.

LA MANSEDUMBRE ES UNA FUERZA.

II.

En nuestro primer artículo (1) procuramos demostrar razonablemente que la mansedumbre es una poderosa fuerza en el individuo, la más poderosa acaso de todas las que la Providencia ha puesto á su libre disposición. Allí hubiéramos podido terminar nuestro estudio sobre este punto, si no abrigásemos la íntima e inquebrantable convicción de que la mansedumbre, que tantos y tan grandes triunfos proporciona al hombre, mayores, si cabe, los proporcionará á la nación que, rompiendo franca y varonilmente con los amaos paganos, que aún prevalecen en las relaciones internacionales, acepte á aquélla por invariable regla de todos y cada uno de sus actos.

Risible parecerá á muchos esta proposición hoy que la fuerza material lo invade todo; hoy que en todas partes impera la violencia bajo sus mil variadas fases, y cuando en estos mismos tristísimos instantes, corre á raudales la humana sangre, vertida en una guerra fratricida, iniciada por más de un concepto, y para todo el mundo, *incluso el vencedor*, manifiestamente perjudicial y ruinosa. Risible parece, en efecto, no lo negamos; pero ha de convenirse con nosotros en que todos los grandes descubrimientos, y por ende todas las grandes verdades, han parecido risibles, al ser expuestas por vez primera. Digásenos sino qué juicio formaron sus contemporáneos del hombre que concibió la atrevida idea, tiempo há realizada, de encadenar, para eternizarlo, el humano pensamiento, ántes fugitivo, ó expuesto á mil y mil deplorables adulteraciones? ¿Qué concepto mereció á la humanidad aquel otro génio, que cierto de la existencia de un nuevo mundo, recorrió en vano casi toda la Europa, en busca de quien le ayudara á sacarlo de las tinieblas en que para la inmensa mayoría de los hombres estaba envuelto? ¿Qué fama se dió al varón insigne que atrevióse á asegurar que él, secundado por la electricidad, idearía un aparato que derribase nuestros eternos obstáculos, el tiempo y el espacio? Y finalmente, y para concluir de una sola vez, ¿qué se ha dicho de todos

los que, substrayéndose á la vulgaridad, han prestado algun servicio á este planeta y á los que en él moramos?

A todos invariablemente háselas tildado de extravagantes, cuando ménos, y de sus proposiciones, que luego han resultado exactas, se han reido asi los sabios, como los ignorantes. Y es que, en efecto, la nueva verdad, por lo mismo que para el vulgo no tiene precedentes, por lo mismo que choca con todo lo generalmente aceptado, reviste los caractéres de la monstruosidad intelectual—el absurdo—, y todo lo monstruoso es ridículo y risible por lo tanto.

Afortunadamente Dios, en su incesante providencia, vela por todo, y sabe, cuando llega la época de la aceptacion, romper la corteza risible de la verdad, para ofrecerla rodeada de todos sus encantos y atavíos, aquilatados precisamente durante el período de burlas y recriminaciones, de modo que éste tiene su perfecta y lógica razón de ser en la evolucion y desenvolvimiento de las humanas verdades. Oh! supremas armonías del plan divino, benditas seais, pues al paso que nos revelais las maravillosas bellezas de la ciencia absoluta, alentáis nuestra fe y nuestra esperanza, que así se vén libres para siempre de la muerte !

Volvamos empero, á nuestro particular propósito y, suplicando ántes á nuestros lectores nos dispensen la digresion, aseguremos firmemente que la verdad que la ha originado, puede ser hoy risible; pero es una verdad, con lo cual dicho queda que, á pesar de las risas y burlas y aun armadas oposiciones de los hombres, subirá tarde ó temprano á su Capitolio para nunca más bajar de él. Si, la mansedumbre es una poderosa fuerza de las naciones, y ella sola, aceptada por invariable regla de conducta, proporcionaria mas reales y efectivos triunfos que simulados y falsos la fuerza material y todos los otros aspectos de esa maldita vibora de la violencia. Intentemos probarlo.

La forma característica de la violencia entre los pueblos, es la guerra; la de la mansedumbre, es la paz; y miéntras ésta vigoriza y aumenta la riqueza pública e individual, aquélla arruina el erario y anonada los capitales de los particulares. ¿Quién se atreverá á negar esta evidencia que, por desgracia, nuestro siglo ha probado prácticamente más de una y más de dos veces? Pues de esta palmaria evidencia se desprende lógicamente toda la demostracion del principio que sustentamos.

La nacion que, preciando en lo que ellas valen las excelencias de la mansedumbre, huye de las mal llamadas artes de la guerra, para consagrarse permanentemente á las de la paz, vé aumentarse el número de sus habitantes, y éstos, como se sabe, constituyen el núcleo primero de las fuerzas nacionales. Una poblacion numerosa es segura esperanza de grandes adelantos así fisicos, como intelectuales. El trabajo viene á ser para ella una necesidad indispensable, pues sólo en él se halla medio seguro de conservar la existencia material, y el trabajo, nadie lo ignora ya, moraliza, robustece y beneficia.

Los hombres, no encontrando entonces en las guerras fácil modo de salvar los límites de la esfera en que han nacido, se dedican á las labores de la industria, del arte y de la ciencia, únicas que gozan de valimiento; y con tal motivo se desarrolla la industria, florece el arte y progresa la ciencia, iniciando todas ellas un reinado de indomable fuerza, de fuerza impulsiva, constante, perenne y trasmisible de generación en generación. Que esto es lo cierto, dicelo la historia, ora patentizando los grandes adelantos de los períodos de paz, ora revelando la visible decadencia de los períodos de guerra, que puede ocultarse por algún tiempo; pero que nunca deja de romper la oropelada superficie de un vigor aparente, para mostrarse en su raquítica forma.

La guerra, organizando esas levas en masa de la población joven y robusta, única admisible al ejercicio de las armas, roba á la industria, y á la agricultura en especial, los brazos que tanta falta le hacen, y sin los cuales le es materialmente imposible vivir. De aquí que, á poco de haber sido declarada una de esas sangrientas saturnales, enmudecen los talleres de la industria y se esterilizan los campos del agricultor; y mientras el telar permanece inactivo e improductivo, la ortiga y las otras malas yerbas cubren el surco que el arado había abierto y destinaba á recibir la simiente, que hubiese dado ciento por uno.

¿Qué hace en tanto la riqueza? Mengua, y mengua por dos distintos conceptos: porque no hay aumento de utilidades, pues son pocos los que las producen, y porque la guerra consume las producidas que, en forma de impuestos, se escapan de las manos de sus legítimos poseedores, para pasar á las de la administración militar. Este es un hecho material, y no ha menester de mayor demostración.

Y el arte corre parejas con la industria; en vez de crecer, decrece en las épocas belicosas. El arte vive y se rejuvenece en los períodos de calma, en medio de los apacibles goces de la familia y de la amistad, á la sombra de instituciones pacíficas y benéficas y al calor de esas alegrías íntimas, que sólo el recogimiento espiritual puede producir y mantener palpitantes.

Pero, durante las guerras, pocos son los que no visten luto y derraman abundantes lágrimas; pocos los que pueden entregarse confiadamente á los goces de la familia y de la amistad, y ninguno en verdad puede prescindir de tomar partido por uno de los beligerantes, lo cual viene á perturbar en su esencia la armonía de la vida, tan indispensable al artista, llamado á reproducir en formas sensibles los esplendores del ideal. Grecia, la maestra de los artistas, estaba siempre risueña; vivía consagrada á los gores domésticos, y sólo excepcionalmente emprendió guerras, y aun entonces lo hizo movida por un impulso noble y generoso. Roma, en cambio, que en punto á artes está muy por bajo de Grecia, hizo de las armas su política y principal ocupación.

Ni siquiera la ciencia, que como más emancipadora nos preserva más de las influencias externas, puede desarrollarse durante las guerras. Y la razón es obvia. La guerra, hemos dicho, turba la conciencia y ofusca la inteligencia, y basta esto á demostrar que los conocimientos humanos no pueden tomar en los períodos belicosos aquel vuelo que en los pacíficos toman. Y además, y esto es fundamental, las guerras hacen que peligre el sustentáculo de todas las ciencias, cual es la fraternidad humana, en cuya virtud unos sabios se completan á otros, y todos trabajan para el progreso de todo el universo mundo. Esto, que es lo que hoy se llama el cosmopolitismo de la ciencia, corre graves peligros durante las guerras internacionales, que siempre engendran odios y rencores.

Y si la industria, y el arte, y la ciencia, que constituyen la vida de las naciones, salen perjudicadas en las épocas de violencia guerrera, ¿podrá negársenos que éstas amenguan la fuerza de los pueblos? Y si, por el contrario, durante la paz, crecen y florecen aquéllas ¿habrá quién nos niegue fundadamente que la mansedumbre es una poderosa fuerza impulsiva de las naciones? Pareceremos que no, pues el hacerlo equivaldría á rechazar las más claras evidencias histórico-filosóficas. La historia es el hecho, y resistirse á la admisión del hecho consumado, es renegar del más seguro criterio de verdad.

No lo dudemos, pues, la mansedumbre es una poderosa fuerza impulsiva de las naciones, y el día, venturoso para la humanidad, en que una de ellas se resuelva á tomarla por constante guía de todas sus acciones, asombrará al mundo con sus

grandes y reales progresos. Y entonces, otras y otras la imitarán, y el egoísmo, el amor de sí mismo, habrá establecido en la tierra el reinado de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad.

Mentira parece, pero así es lo cierto, que la humanidad sólo cuando se convence de que las reformas, en vez de perjudicarla en sus intereses materiales, la benefician, se determina á aceptarlas francamente. La justicia le parece austera en demasia; créela contraria al interés privado, y sin embargo, la justicia y el interés son una misma cosa. El hombre más justo es el que más gana moral y materialmente. Cuando todos nos convenzamos de estos principios, fáciles de comprobar experimentalmente, la mansedumbre ocupará, en el individuo y en los pueblos, el lugar que le ha arrebatado la violencia. Entonces se verá claramente que la guerra es un crimen de lesa-humanidad, y de ella huiremos como de las perversas compañías.

Mas ¿cuándo, cuándo llegará ese suspirado momento?—se nos preguntará.— Cuando el verdadero Cristianismo, es decir, el Espiritismo cristiano, haya penetrado en la mayoría, por lo menos, de las humanas conciencias. El es el que está directamente llamado á evidenciar los sublimes y verdaderos triunfos de la mansedumbre; él, que basándose en la caridad, nos solicita sin cesar al bien y provecho de todos los hombres; él, que abriéndonos las puertas de la vida de ultra-tumba, nos presenta á Job en medio de inefables delicias y á Cain rodeado de atroces dolores; él, que abriéndonos las doradas puertas de ese otro mundo, llamado la reencarnación, nos prueba que al que odiamos como enemigo puede haber sido, ó puede ser, andando el tiempo, nuestro hermano, nuestro hijo, nuestro padre; él, en fin, que exclama á cada momento, como exclamaba Cristo después de su resurrección: *Pax vobis!*, y demuestra con *hechos visibles, tangibles* que de los pobres de Espíritu es el reino de los cielos, y de los mansos el dominio de la tierra.

Procuremos, pues, que el Espiritismo cubra toda la faz de la tierra, pues sólo él puede librarnos de esos terribles sacudimientos morales que hoy contemplamos en casi todos los pueblos del orbe que llamamos civilizado. Dios, que quiere que ninguno de sus hijos se pierda, como aseguró el divino Maestro; Dios nos ayuda en esta obra verdaderamente sacrosanta. Adelante, adelante siempre, sin detenernos nunca: ésta es la ley.

CARTAS SOBRE EL ESPIRITISMO POR UN CRISTIANO.

XXI.

Al Sr. Abate Pastoret.

París 1.^o Marzo 1865.

Apreciado abate: En la presente, permítame V. que le cite textualmente algunos pasajes del R. P. Pailloux:

«Como prelado y como religioso puedo ofrecer mi libro á manos inexpertas; á muchas familias que tiemblan á la vista de un libro nuevo sobre una materia tan delicada; á muchas bibliotecas cerradas por necesidad ó por prudencia, y á mil producciones que no presentan semejante garantía.

«Como teólogo y filósofo católico, he podido con mas facilidad que muchos otros, y con datos mucho más seguros, interrogar la esencia misma, y la constitución de los agentes naturales á que se atribuyen semejantes fenómenos, para obtener de ellos la confesión de su impotencia, y he tomado su enseñanza de las más grandes autoridades de la religión y de la ciencia.

«Ni la ciencia profana, ni la teología han podido aún tocar seriamente estos prodigios contemporáneos, cuya súbita invasión hemos experimentado hace poco tiempo; pero ofre-

«cen tradiciones y doctrinas, que con facilidad nos servirán de hilo conductor entre las encrucijadas de un laberinto casi inexplorado.»

Ya V. vé, mi querido abate, que esta entrada promete y si puede preguntarse con legítima inquietud ¡qué será del santo religioso Pailloux en este *laberinto inexplorado* «donde, según él afirma, su principal guía ha sido Santo Tomás explicado por Suárez?» Igualmente se puede preguntar, ¿qué enseñanza ha podido prestar el eminentísimo jesuita á una ciencia y á una teología que, como él dice, no han podido tocar seriamente estos prodigios contemporáneos? ¡Confieso que semejante lógica me confunde y me aturde! Pero escuchemos todavía al digno reverendo:

«Pero ¿qué misión pienso cumplir ofreciendo mi trabajo al público?» añade modestamente.

«La misión de un centinela en su puesto quien llamada, su atención por los ruidos tumultuosos que oye exclama: «¡Alerta que viene el enemigo!» Pero ¿quiénes son estos enemigos y cuál es su número? El infierno me parece ha desencadenado todas sus legiones; mil indicios alarmantes demuestran con su presencia los males que preparan al pueblo fiel que Dios ha escogido.

«*Lo confesaré? no todos los guerreros de nuestras santas cohortes han participado igualmente de mis terrores.*

«Unos han respondido:

«Los únicos enemigos temibles en este momento son los que lanzan la impiedad y la revolución contra el santuario y contra el Santo de los santos. Los demonios permanecen encadenados en el abismo, mientras que la ambición entre los hombres no conoce ya freno. Acallad vuestros temores, y que sólo Dios nos ayude para romper la espada del fuerte; tenemos más poder contra el infierno que tiros contra el motín.

«Los otros:

«Nuestra época no es ya aquella en que Satanás se complacía en dejar su tenebrosa prisión, para venir á respirar el aire puro y fresco de nuestro luminoso globo, y á conversar con los mortales, ocupándose de sus más mínimos intereses, pues ha dejado marañitar sus laureles en Delfos; los ántros sagrados ya no dán oráculos; las pitonisas han caído de sus carcomidos trípodes, y hasta los terrores de la edad media han desaparecido con los sortilegios y la magia. Nuestra época es más conforme, más formal y en vez de darnos una representación Satanás, preferiría animar los caminos de hierro, los hilos telegráficos, ó las máquinas gubernamentales, en lugar de los veladores y mesas. «Centinela, el ruido que ha herido tus oídos no era más que el murmullo del viento entre la hojarasca y los árboles de la selva.

«Los otros:

«Elevais á la altura de hechos sobrenaturales unos hechos que á la verdad maravillan, pero que no traspasan de ningún modo las fuerzas de la naturaleza; sean las inocentes estratagemas de una reunión de amigos, sean las bromas interesadas de los intrigantes y truhanes, sea la impulsión nerviosa é involuntaria de las fibras de la mano, sea el feliz desorden de una imaginación vivamente herida, y hasta sea un poder desconocido que proviene espontáneamente de una revolución en nuestros órganos. Pero todas estas cosas no son, en resumen, más que meras recreaciones, atrevidas charlatanerías, ilusiones de los sentidos ó juegos de la casualidad.

«Los otros:

«Nó, no son juegos, ilusiones, ni bromas de petardista, sino los efectos naturales de un fluido precioso que perturba favorablemente el organismo humano, que produce destellos y que rompiendo así los lazos y rasgando los velos, deja á la vista del espíritu su libertad de acción, le abre un mundo nuevo y horizontes desconocidos; de tal modo que nuestra alma libre puede entrar por intervalos á tomar parte en su vida de puro Espíritu, que desempeñará más tarde y definitivamente en la esfera de los Angeles. El magnetismo es la llave de oro que abre el jardín de las maravillas.

«Y los otros:

«Centinela, habeis sido engañado y las apresuradas legiones que se adelantan hacia nosotros, de los confines del otro mundo cuyo movimiento y pasos tumultuosos sentís, cuyas armas veis brillar, cuyo grito de guerra y cantos belicosos oís, lejos de ser fuerzas enemigas lanzadas contra nosotros, son nuestros vecinos de ultra-tumba, las almas de nuestros parientes que nos protejen, los ángeles benditos del cielo, á los cuales está confiada nuestra guardia, y áun espíritus desdichados, que la fatalidad consagra á nuestro servicio: son fuerzas aludidas que vienen á prestarnos ayuda y á socorrernos entre las dificultades de la vida.»

Así, querido abate, segun la opinion formal é ingenuamente expresada por el R. P. Pailloux, las cinco sextas partes del clero no son hostiles á la doctrina espiritista, así por una sexta parte que se declara adversaria determinada de ella y de la cual forma parte como un centinela avanzado nuestro R. P. Jesuita, reconoce que una tercera parte «de las santas cohortes» clericales niega rotundamente la influencia y el poder de Satanás; que una sexta parte no vé en los fenómenos espiritistas mas que fantasmagoría, juegos de amigos ó la casualidad, y en fin que otra tercera parte crée firmemente en el magnetismo y en la nueva revelacion.

En semejante situacion parece, pues, que un sentimiento de pudor debiera impedir al pequeño campo de nuestros adversarios tomar las cosas de tan alto y hallar en nombre de toda la religion, pues evidentemente es dar un golpe supremo á la autoridad con que se abriga el R. P. Pailloux, que de seis falanges que componen el ejército clerical una sola nos es opuesta. En cuanto á mí, no puedo ménos de dar gracias á este nuevo antagonista, de un acto de sinceridad, de una confession que en el fuego ardiente de su filippica contra nosotros, ha dejado caer aturdidamente de su pluma. Pero el hecho queda admitido en los debates y bien adquirido. No se puede, pues, sin injusticia desconocer el origen providencial del Espiritismo, puesto que tiene todos los caractéres indicados para que una obra extraordinaria sea considerada como milagrosa y venida de Dios.

¡La naturaleza tiene tantos secretos, dicen los Escribas y los Marouzeau, el diablo tiene tantos artificios, exclaman los Nampon y los Fariseos ¡que Dios es impotente! Sí; tal es el resultado más claro de nuestras singulares tergiversaciones y esfugios! Negais el Espiritismo, y cada año, y en dia dado, vais á prosterñarlos ante la redoma de San Genaro, cuya sangre continua liuándose con aplausos de los lazaroni napolitanos; ¡negais el Espiritismo! y vais en romería á Vicararo para contemplar los ojos móviles de una santa Virgen; hé aquí lo que puede responderse, querido abate, á nuestros obstinados detractores que pretenden, con el R. P. Nampon, sostener que es una grave impiedad turbar el reposo de los muertos, llamándoles y evocándoles, y que éstos no pueden manifestarse; puesto que Santo Tomás, dicen, prohibió á las almas separadas de los cuerpos, obrar de ningun modo sobre éstos.

A pesar de toda la admiracion que profeso por la vida y escritos de este gran Santo, no creo en su infalibilidad en cuestion de doctrina y puesto que se ha engañado tan manifiestamente, enseñando que la tierra estaba inmóvil en medio del universo, y que no tenía antipodas, su infalibilidad sobre las almas separadas se hunde consiguientemente con su teoría terrestre. Por lo demás, nunca me cansaré de repetirlo, no son los vivientes los que han llamado las almas de los muertos; sino éstas que han venido por mil medios diversos á despertar nuestra atención y á manifestársenos. En efecto, ruidos extraños, continuos, sin causa aparente se han hecho oír en los muebles, en las paredes, en los techos, en los pavimentos; se han hecho oír de las personas, con quienes los espíritus querían hablar; hasta que éstas por fin se han decidido á entrar en conversacion, segun los medios indicados por esos Espíritus. Sin contradiccion, si los Espíritus hubiesen sido reducidos á sus solas fuerzas, á su sola iniciativa, la doctrina contaría hoy, todo lo más, un centenar de adeptos y éstos serian considerados por la parte de clero que nos es hostil, como á sectarios impotentes e inofensivos. No se predicaría ciertamente contra el Espiritismo, porque en ningun tiempo la Iglesia ha predicado contra una doctrina sin adeptos.

Pero la propagación de nuestras verdades es obra cierta de los Espíritus.

Esta persistencia en oponernos la ley mosáica que no nos alcanza, prueba la falta de argumentos en que se hallan nuestros adversarios. No quieren comprender, que la ley

hecha por los circuncidados no es aplicable á los cristianos y que el fuego del cielo no devora yá á Coré. Hace dos siglos que se ahorcaba al villano que había muerto á un palomo, y se descuartizaba al que tendía una mano temeraria sobre la caza real; ¿qué se diría del gobierno que quisiese en 1865 preválerse de esas leyes draconianas?

En suma, querido abate, acuérdense nuestros adversarios de estas significativas palabras de San Mateo: «*Nolite judicare ut non judicemini;* no juzgueis, si no quereis ser «juzgados como habréis juzgado vosotros mismos», y éstas no ménos características de San Pablo «*Tu qui es qui judicas alienum servum? Suo domine stat, aut cadit; statbit autem, potens est enim Deus statuerit illum?* ¿Quién sois para juzgar al servidor «de otro? Si cae, ó si permanece firme, esto es cuenta de su Señor, pero permanecerá firme, porque Dios es Todopoderoso para afirmarle.» Así, pues, los Espíritus permanecerán firmes en su fe, porque ésta es la voluntad del Eterno.

Por otra parte, he prometido probarle á V., mi excelente amigo, que léjos de proscribir el Espiritismo, Moisés y las leyes jndáicas lo recomiendan ímplicitamente; para esto vamos, si V. quiere, á echar una rápida ojeada sobre los libros Santos: no se arredre V., algunas páginas más, y éstas cartas, que sin duda le parecen demasiado largas, concluirán.

Primeramente ¿quién era Moisés? Él mismo dice de una manera tan evidente cuál era el papel que llenaba entre el Señor y el pueblo de Israel, que es preciso ser ciego para no ver en él á uno de los primeros y más importantes médiums, que tuvo el pueblo judío, antes de la venida de los profetas y del más grande de entre ellos, Jesucristo: en efecto, en ese Deuteronomio, que siempre se nos opone, leemos este significativo versículo «*Yo fuí el terciador y MEDIADOR entre el Señor y vosotros, para anunciaros sus palabras* (1).»

Claro está, pues, que el texto primitivo está traducido mucho mas sinceramente por la palabra médium, y por el sentido que le atribuimos nosotros, que por el de mediador.

Si de Moisés pasamos á los setenta ancianos de Israel (2) que tuvo que escoger para conformarse con el mandato de Dios entre los más sabios del pueblo, vemos á estos hombres hasta entonces incapaces de profetizar, volverse de repente profetas después de haber recibido cerca del tabernáculo el influjo divino ó medianímico. ¿No son tambien médiums éstos? Y cuando Moisés responde á Josué, hijo de Num, que acusaba á dos ancianos de profetizar en Israel sin haber recibido el influjo cerca del tabernáculo: «*Ojalá que todos profetasen:*» ¡no anuncia con anticipacion que vendría un dia en que se cumpliría este fenómeno en toda la tierra! Es evidente que el Espiritismo está enteramente en estas previsões; no se disgusten por ello los casuistas y dialécticos de la ilustre compañía de Jesús.

Moisés fué evidentemente un médium completo, auditivo y vidente, mientras que María y Aaron no fueron más que auditivos (3). Josué (4), Débora (5) Gedeón, (6) Jephé (7) Manué (8) Elias, Eliseo y Samuel fueron igualmente médiums: los textos son exactos.

Hallamos además en la Biblia, el ejemplo de un médium, pasivo e inconsciente que habla contra su voluntad, y no expresa mas que palabras contrarias á las que él desearía hacer entender; los capítulos XXII, XXIII y XXIV, del libro de los Números, están enteramente consagrados á los hechos y gestos de este médium particular. Se trata aquí, yá lo sabe V., mi querido abate, del adivino Balaam, que Balac hijo de Sephor, rey de los Moabitas, había mandado buscar hasta las orillas del Eufrates, donde habitaba para ir á maldecir al pueblo de Israel que amenazaba invadir el país de Moab y de Madian.

(1) Deuteronomio, cap. V, v. 5.

(2) Números, cap. XI, v. 16, 17, 24, 25, 26, 27, 28, 29 y 30.

(3) Números, C. XII, v. 1, 2, 3, 4, 5, 6 y 7.

(4) L. de Josué, cap. X, v. 13 y 14; cap. X, v 11 y 14.

(5) Jueces, cap. IV, v. 4 y 5.

(6) Jueces, cap. VI, v. 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39 y 40.

(7) Jueces, cap. X, v. 29.

(8) Jueces, cap. XIII, v. de 1 á 28.

Por otra parte, este adivino conocía muy bien las particularidades de su facultad medianímica, puesto que respondió á los ancianos de Moab y de Midian, á quienes el rey de los Moabitas había comisionado: «Aun cuando Balac me diese su casa llena de oro y plata, no podría yo cambiar las palabras que el Señor mi Dios ha puesto en mi boca.» Este texto es indiscutible (1), y cuando Balac y Balaam hubieron levantado tres veces siete altares, en los altos lugares de Baal, de Pharga y de Phogor, las memorables profecías que se escaparon de los labios del adivino, helaron de terror y espanto al rey de Midian, que volvió á enviar al que había hecho venir, sin salario y sin recompensa, porque había bendecido, en lugar de maldecir, al pueblo conducido por Moisés.

Se dirá quizás, que Balaam pertenecía á un pueblo que no reconocía al verdadero Dios; pero esto no es mas que una miserable sutiliza, que no resiste el más mínimo examen. En efecto, no sólamente Dios no pone en boca de este adivino mas que profecías notables y de un alcance immense; sino que le envía un ángel, para recomendarle expresamente que no diga ni haga nada contrario á las prescripciones que él *l* ha dado. Por poco que se examinen y comparen los textos de todas las profecías sagradas, se reconoce que todos los profetas que se han sucedido en Judá é Israel, no han hecho mas que reproducir las prescripciones y enseñanzas que Dios había puesto en boca de Balaam. Esto está asimismo atestiguado por todos los teólogos concientizados.

Si pasamos á los profetas, vemos á Isaías, médium auditivo, porque exclama, cap. V. v. 9: *In auribus meis sunt haec. Domini exercituum: Nisi domus multæ desertu fuerint, grandes et pulchra absque habitore.* «En mis oídos resuenan estas palabras del «Dios de los ejércitos: ¿Acaso vuestras casas, por hermosas y vastas que sean, no estarán «desiertas cuando se hallarán sin un solo habitante?» El mismo Jeremías nos indica también ser médium al expresarse así, cap. I, v. 9: «Entonces el Señor extendió la mano, tocó mi boca, y me dijo: «Yo pongo ahora mis palabras en vuestra boca.» Es imposible rehusar un carácter medianímico á las visiones de Ezequiel, quien dijo con sobrada claridad: «Habiéndome hablado de esta manera, el Espíritu entró en mí, y me afirmó sobre mis pies y le oí que me hablaba y me decia:» etc.

Este estado está perfectamente definido en el Libro de los médiums. «Todo lo que está escrito en el libro de Daniel, prueba que Ananías, Misaël y Azarias, eran igualmente médiums. En fin, Zacarías nos enseña que usaba de las mismas facultades diciendo: *Ange-lus qui loquebatur in me...* El Angel que hablaba en mí me dijo: Yo os haré ver, lo que es esta vision.» cap. I, v. 9. Luego, pues, si la mayor parte de los profetas han poseído este estado particular á los médiums del Espiritismo; ¿por qué se ha de rehusar á éstos la autoridad que se concedía á aquéllos? No ha dicho el Salmista: S. LXXXIV, v. 8 y 9: «Yo escucharé lo que el Señor dirá en mi interior?» y S. Pablo no ha exclamado de una manera más categórica aún en su epístola á los Galatas: «Los espíritus exclamaban en nuestros corazones: ¡Padre mio! ¡Padre mio! *Clamat in cordibus nostris?* (cap. IV, v. 6.) En fin, no nos enseña el mismo Apóstol en su epístola á los Corintios, cap. XVI, v. 32, que: «El Espíritu de los profetas está sometido á los profetas, á fin de «que éstos lo tengan en su poder tanto si callan, como si hablan.» Podría multiplicar las citas hasta el infinito, pero éstas bastan y sobran para probar que los que proscriben el Espiritismo como obra de Satanás, reprueban igualmente toda la tradición Sagrada.

Su más atento y humilde servidor.—N. N.

NUESTRO SISTEMA PLANETARIO.

II.

Idea general.

En la vasta nebulosa que denominamos *Vía-Láctea* ó *Camino de Santiago*, entre los miles de estrellas fijas, magníficos láminares y centros de atracción de mundos, existe una que presta luz vivificante y calor á cierto número de esos mundos á los cuales pertenece el que hoy habitamos. A esa estrella fija la llamamos Sol.

(1) Números, cap. XXII, v. 17 y 28.

Al rededor suyo y á distancias variadas, sostenidos por su poderosa fuerza de atraccion, flotan en el espacio, describiendo órbitas casi circulares, una porcion de cuerpos planetarios de distintos volúmenes, que por órden de distancias al astro central, son los siguientes: Mercurio, Vénus, Tierra, Marte—á éste siguen un centenar de asteróides ó pequeños planetas,—luego vienen Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno. Algunos de estos mundos tienen además uno ó más satélites que giran tambien, á su vez, al rededor de ellos, y con ellos al rededor del sol; de estos satélites ó lunas, la Tierra tiene una, Júpiter cuatro, Saturno ocho—con más dos anillos que le rodean,—Urano otras ocho, y Neptuno una; si bien algunos astrónomos afirman que han divisado dos satélites alrededor de ese lejano planeta. Falta ahora agregar á este brillante cortejo, más de doscientos cometas, girando tambien algunos alrededor del Sol en órbitas muy excéntricas, inconmensurables la mayor parte, y de los cuales, por el largo trascurso de tiempo que tardan en volver á aparecer á nuestra vista, apénas se ha podido comprobar en un cortísimo número de ellos, la exactitud de los cálculos que se han verificado sobre la época de su reaparicion.

De todos los cuerpos que acabamos de enumerar, sólo el Sol tiene luz propia; los demás son cuerpos opacos que reciben de él luz y calórico, ambos fluidos con más ó menos intensidad segun la distancia respectiva á que se encuentra cada uno del astro luminoso; Mercurio, por ejemplo, recibe cerca de siete veces más luz solar que nosotros, al paso que Neptuno, el planeta que está situado en los confines del sistema, sólo recibirá una milésima parte de luz y calor comparados con los habitantes de la Tierra. Desde Mercurio, debe, pues, verse el Sol como un inmenso disco de deslumbrante fuego, casi siete veces mayor que no le vemos nosotros; y desde Neptuno sólo como un punto luminoso,—más brillante, es verdad, que ningún otro astro,—pero mil veces más pequeño de lo que aparece á nuestra vista. Estos son los datos que arroja el cálculo: pero los habitantes de Mercurio y los de Neptuno, reciben realmente el uno siete veces más luz y calor y el otro mil veces menos que nosotros? Indudablemente sería así, suponiendo que esos planetas tuvieran su atmósfera formada de los mismos elementos que la nuestra, y por consiguiente del mismo poder de absorcion de los fluidos lumínico y calórico; pero como en el estado actual de la ciencia, no se tienen aún conocimientos bastante exactos de las condiciones de las atmósferas que envuelven esos mundos, esa hipótesis no pasa de ser un cálculo, que, si bien exacto—puesto que se funda en una ley física—sólo debe tenerse en cuenta con la suposicion que hemos dicho, de que la atmósfera de esos planetas sea igual á la nuestra.

La diferencia de volumen entre los mundos que componen nuestro sistema, ofrece un fenómeno notable. Los cuatro más próximos al Sol, esto es, Mercurio, Vénus, Tierra y Marte, son tan pequeños relativamente á los otros cuatro, que si dos ellos reunidos, distan mucho de formar el volumen de Urano, el más pequeño entre ellos. Verdad es, que, á su vez, entre los asteróides que ocupan el espacio que separa á Marte de Júpiter,—precisamente la linea divisoria, digámoslo así, de los pequeños y grandes planetas,—el mayor de ellos, es muchísimo más pequeño que Mercurio, el menor de los planetas que forman el primer grupo, y aun no iguala á los satélites de los mayores. Y ya que hablamos de volúmenes en general, añadiremos que todos los planetas reunidos, incluso sus satélites y aun todos los asteróides, no constituyen, ni con mucho, un volumen igual al del Sol.

Además del movimiento que verifican todos los planetas alrededor del astro central,—que los astrónomos llaman de revolución ó traslacion,—ejecutan otro que denominan de rotacion, el cual consiste en girar sobre sí mismos, para lo que emplean un espacio de tiempo distinto cada uno de ellos en ambos movimientos. El de rotacion ó sea el diurno, es sabido que la Tierra lo verifica en 23 horas, 56 minutos, 4 segundos; Marte emplea 24 horas, 39 minutos, 21 segundos; lo que dá á este planeta 43 minutos 17 segundos más de duracion á su dia que al nuestro; al paso que Júpiter, que sólo emplea 9 horas 55 minutos 45 segundos, tendrá 14 horas 19 segundos menos en su dia que los habitantes de la Tierra. El movimiento de traslacion ó revolucion,—que es el anual,—le verifica Mercurio en 87 dias, 23 horas, 14 minutos, lo que le dá por cierto un año bien corto; al paso que Neptuno emplea para ese mismo movimiento, un espacio de tiempo igual á 164 años, 226 dias

de los nuestros. Como se vé, el año en el planeta Neptuno, es más largo que un siglo y medio de los nuestros.

El descubrimiento de las leyes que rigen los movimientos planetarios, se debe al ilustre astrónomo alemán Kepler, que floreció en el primer tercio del siglo XVII.

Siendo, pues, todo vida y movimiento al rededor del astro de la luz, ¿permanece éste inmóvil, fijo en un punto del cielo, presidiendo la magestuosa y ordenada marcha de los globos gigantes, á quienes anima con su poderosa mirada de fuego? Nō. Desde la más remota antigüedad, se dió el nombre de *estrellas fijas*, á aquellos cuerpos estelares que conservan—por lo menos al parecer,—sus respectivas distancias entre sí, yá que observaron algunas estrellas que cambiaban de sitio, atravesando entre los grupos de las primeras, siguiendo un curso fijo y regular, por lo que las denominaron *estrellss errantes ó planetas*, para diferenciarlas de aquéllas. Y efectivamente, esas agrupaciones artificiales de estrellas que bordan el manto azul de la noche y que se conocen con el nombre de constelaciones, conservan una figura casi tan invariable que es necesario el trascurso de muchos siglos para notar en ellas un ligerísimo cambio; pero el estudio, la observación minuciosa y detenida de la posición relativa de esas estrellas, ha demostrado hoy á los astrónomos que las estrellas, que los antiguos llamaron fijas, tienen también movimiento en el inmenso espacio, siendo sólo la causa de que aparezcan inmóviles ó fijas, la distancia inconmensurable que separa unas de otras. Nuestro Sol, pues, unidad de esa innumerable familia de estrellas, cuya totalidad solo conoce Dios, tiene como ellas movimiento; traza también una órbita desconocida por el espacio infinito, arrastrando consigo á todos sus hijos, cometas, planetas y satélites, y recorre con su familia de mundos el anchuroso campo de la nebulosa, de la cual es sólo un individuo. Hoy solamente se sabe que nos conduce hacia una de esas brillantes constelaciones que centellean allá, hacia el polo boreal del mundo, la constelación de Hércules, y que su marcha hacia ese punto es de unas dos leguas por segundo próximamente, velocidad, por otra parte, casi insignificante, atendida la distancia inmensa que de ella nos separa.

Esa distancia es tan grande respecto de las estrellas, que expresada en leguas, no alcanza nuestra imaginación á comprenderla, puesto que para designarla es necesario acudir á billones y trillones, cifra tan elevada, que por no tener término de comparación, no se nos explica más que de una manera vaga y indefinida. Los astrónomos han ideado tomar como unidad de medida, en vez de la legua de cuatro kilómetros que se usa comúnmente, una línea imaginaria de la extensión del radio terrestre, que mide 38 millones de leguas; pero también para semejantes distancias, se expresa luego la cantidad por millones, billones, trillones, etc. y nos encontramos en el mismo caso. Últimamente en los tratados de Astronomía popular, se ha acudido á un medio, que, si no nos dā una idea justa de esas distancias,—porque eso actualmente es casi imposible,—por lo menos, pone más al alcance de nuestra comprensión, la distancia inmensa que media entre ellas y nosotros. La luz, ó sea el fluido lumínico, recorre un espacio de 77,000 leguas por segundo. Pues bien, de la estrella que tenemos más próxima, de nuestra vecina,—si se nos permite la frase,—*Alpha*, de la constelación del Centauro, necesita un rayo de su luz al partir de ella, 3 años, 7 meses, para franquear el espacio que de nuestro mundo la separa; de la segunda en proximidad, perteneciente á la constelación del Cisne,—marcada con el n.º 61 en los catálogos celestes,—emplea 9 años 6 meses; y de la estrella Polar, que todo el mundo conoce, el rayo luminoso que emite hoy, tardará 50 años en recorrer la distancia que de nosotros la separa.

No expondremos aquí los medios de que se valen los astrónomos para medir con toda exactitud esas distancias, porque no es éste su lugar, ni nuestro objeto. No nos hemos propuesto más, que hacer una brevísimá exposición de nuestro sistema planetario, tan compendiada como lo permite el estrecho campo de un artículo, y nuestros alcances. Concretémonos, pues, á nuestro objeto.

Varias teorías se han emitido sobre la formación de los mundos. Por el *fiat* del Génesis, creemos no debe entenderse más, que la ley dada por el Supremo Hacedor á los elementos cósmicos, y en virtud de esa ley, se formaron y se forman los mundos. Mas la razóñ

humana, deseosa siempre de investigar el *cómo* de las cosas, trabaja asiduamente á ese fin, y cuando un hecho es para ella inexplicable, inventa teorías, crea sistemas, que luego los adelantos sucesivos se encargan de corregir ó derribar. *Errando deponitur error.* Así sucede. Cada época explica los fenómenos de que trata de darse cuenta, segun los conocimientos que le son propios. Trascurre el tiempo, y unas teorías se suceden á las otras, las nuevas toman casi siempre pre alguna cosa de las antiguas, á veces crean ó dicen algo nuevo, algo original, materiales que más tarde aprovechará acaso otro, para dar un paso más en el vasto campo de los conocimientos humanos. Con las piedras que cada uno ha llevado al solar, se va construyendo el edificio. Digamos, pues, algo siquiera sumariamente, de las teorías más razonadas que se han expuesto.

Antes de Buffon, Burnet, Woodward y Whiston habian dado á luz exposiciones más o menos verosímiles en sus épocas respectivas; pero cuidando mucho de que estuvieran en todo acordes con la *letra* de las Sagradas Escrituras. Con esto se comprenderá que no se ocupaban extensamente más que de nuestro mundo. Unos lo explican todo conforme á la teoría llamada neptuniana, esto es, atribuyendo al agua las trasformaciones sucesivas que se han verificado en la corteza terrestre; otro pretende que nuestra tierra reconoce por origen un cometa que se fué condensando poco á poco, y secándose—digámoslo así—al calor del Sol. Más tarde Leibnitz, intentó derrocar la teoría neptuniana, atribuyendo á las fuerzas plutónicas, ó sea al fuego central, las mismas agitaciones que ha sufrido la corteza sólida de nuestro mundo; este autor consideraba los planetas como otros tantos soles apagados desde que su materia combustible se había concluido: y otros por fin, despues de él, quitaron y añadieron alguna cosa á todos esos sistemas, hasta que el célebre naturalista Buffon expuso el suyo, explicando á su manera, á la par que la formacion de nuestro mundo, la de sus hermanos los planetas.

La teoría de Buffon no deja de ser ingeniosa; lástima que flaquée precisamente por su base. Digamos sólo cuatro palabras sobre ella.

Teniendo en cuenta el gran naturalista que todos los planetas giran al rededor del Sol, casi en un mismo plano y en la misma dirección, dedujo que una misma causa debia haber dado origen á todos ellos. Esta no podia ser otra,—según él,—que el choque oblicuo de un cometa contra el Sol, resultando de este choque un desprendimiento de parte de la sustancia solar, la cual, líquida por el calor se precipitó por el espacio como una immense cascada; luego se separaron de esta masa las partes más densas, alejándose las ligeras á mayor distancia, quedando despues de perdida la fuerza impulsora, detenidos todos en el punto donde se encontraban por la fuerza centrífuga que los retiene á cierta distancia del astro padre. Esa sustancia líquida al principio, tomó luego la forma esferoidal, como todo cuerpo líquido abandonado en el espacio; forma que precisamente es comun á todos los planetas; y con el tiempo fueron separándose los elementos, condensándose y llegando al fin á solidificarse. Las fracciones mas pequeñas de la misma masa fueron las que formaron los satélites. Entra luego en consideraciones sobre el tiempo que tardaron los planetas en enfriarse, y hasta calculó el tiempo que puede durar el calor originario en ellos.

Pero los conocimientos adquiridos posteriormente sobre la densidad de la materia que constituyen los cometas, han venido á derrocar la hipótesis de Buffon, pues es tan poca esa densidad, que aun suponiendo el choque con el Sol,—que tampoco es admisible hoy,—no resultaria desprendimiento alguno de la masa que le constituye. Por otra parte, la poca excentricidad de la órbita que describen los planetas al rededor del Sol, demuestra lo infundado de la teoría del choque, ideada por Buffon.

La que es hoy más aceptada por la mayoría de los sabios, es la que expuso Laplace. Supone el célebre geométrico que toda la materia que hoy compone el sistema solar, debió existir en época muy remota, en estado gaseoso, en forma de una gran nebulosidad muy difusa, sin presentar indicio alguno de condensación. En aquel estado, las moléculas que la constituyan estaban muy separadas, y la fuerza de repulsión de que estaban dotadas, anulaba completamente la de atracción que haciendo gravitar las unas hacia las otras, tendía á agruparlas. Con el trascurso de los siglos, la fuerza repulsiva fué disminuyendo, al paso que la atractiva obraba cada vez con más energía, y la agrupación se iba verifi-

cando. Más tarde, esa nebulosidad difusa debió presentar el aspecto de un núcleo luminoso, rodeado en una distancia prodigiosa de una inmensa capa de materias gaseosas, girando como revuelto torbellino al rededor del núcleo luminoso, que dotado del mismo movimiento de rotación, giraba á su vez sobre sí mismo. A medida que el tiempo trascurria, la masa se iba enfriando y verificándose la condensación de esa materia gaseosa, y las zonas de los vapores sucesivamente abandonadas por la condensación, debieron formar, por la atracción mutua de las moléculas que las constituyan, una serie de anillos concéntricos, que siguieron girando al rededor del núcleo central, ó sea el Sol. Siendo muy difícil que existiera un perfecto equilibrio entre las moléculas que constituyan esos anillos, se fueron rompiendo sucesivamente, y en este caso, las porciones mayores de esa materia cósmica, latrageron hacia las menores, viéndolo de este modo á formar otros tantos núcleos, animados desde luego de dos movimientos, uno de rotación que tendía á favorecer la agrupación de las moléculas, y el de traslación en torno del centro común. Esas masas de nebulosidad parcial, planetas en embrion, dieron origen del mismo modo á nuevos núcleos, que giraron al rededor suyo; éstos fueron los satélites. Saturno es el único ejemplar de nuestro sistema, que ha conservado dos anillos, habiéndose sin duda descompuesto los que forman hoy el cuerpo del planeta. Con el enfriamiento sucesivo que han sufrido esos cuerpos durante el largo tránscurso de los siglos, han concluido por solidificarse.

Tal es, en brevísimo resumen, la teoría de Laplace, en perfecta armonía,—según los conocimientos actuales,—con las leyes de la mecánica general, y con los hechos y observaciones astronómicas y físicas. ¿Será esta la verdadera? Sólo Dios lo sabe.

De todo esto resulta un hecho de la mayor importancia para nosotros. Los mundos que constituyen nuestro sistema, son indudablemente hermanos del nuestro, puesto que reconocen un mismo origen; y siendo así, ¿dejarán ellos de estar habitados, estando el nuestro? Si nuestra Tierra no tiene en sí ventaja alguna respecto de los demás, ni en proximidad al Sol, puesto que hay dos más aproximados, ni en volumen, puesto que hay cuatro cuya masa es colosal comparada con la suya; ¡gozará sola del privilegio de la habitabilidad, cuando Dios, el Padre universal, todo justicia, todo amor, no se concibe pueda favorecer á uno y desheredar á todos los demás?

Oh! si; indudablemente esos mundos están habitados, como lo está el que nos sostiene en este momento; sería faltar á la lógica el suponer lo contrario.

Y cuando la Astronomía nos demuestra que nuestro sistema planetario no es más que uno de los eslabones de la infinita cadena de sistemas; ¿qué debemos creer de los mundos que gravitan al rededor de esos soles que tachonan el firmamento? ¿Debemos creer que sólo la muerte y el silencio moran en ellos? No. Serían más que imperfectos, puesto que faltarían en ellos precisamente los seres que los animan, y la obra de Dios no es ni puede ser imperfecta.

LUIS DE LA VEGA.

EL ESPIRITISMO Y LA MASONERIA (1).

II.

Pasemos ahora á las *pruebas físicas*. Aquí terminan los elogios, y lo que me resta por decir parecerá ántes una crítica amarga que una glorificación humana. Procuraré empero, mantenerme digno del asunto, y si algunas palabras algo duras se me escapan, pido anticipadamente á mis hermanos que me las dispensen. Estad además seguros de que sólo expongo mi opinión personal, sin acariciar la orgullosa pretensión de ser más sabio que todos mis hermanos.

Como no ignorais, la frac-masonería hace sufrir una serie de pruebas físicas al profano que aspira á la iniciación de sus misterios, cuyo objeto evidente es el de conocer la suma de virtudes que posee el neófito. ¿Tiene valor, sangre fría, desinterés, discreción? Para saberlo, la masonería le somete á pruebas físicas de las qué se juzga que han de poner en

(1) *Le Phare.*

movimiento todas sus fuerzas individuales, y por medio de las cuales demostrará, segun se crée, si realmente es un hombre con quien pueda contarse.

Pero hé aquí un sencillo dilema que, á mi parecer, destruye de arriba á bajo esa vana pretension de conocer al hombre por los medios empleados en la iniciacion. Sucedé una de estas dos cosas: ó el profano propuesto está convencido de que vá á entrar en una Sociedad exclusivamente compuesta de hombres honrados, buenos y pacíficos, incapaces de quererle hacer el menor daño, ó bien tiene anticipadamente la opinion contraria. En este último caso, si el profano es un hombre honrado, pasará de largo por delante de la masonería. Queda, pues, la única hipótesis admisible, que es la primera.

Si la frac-masonería quiere impresionar los sentidos del profano con *simulacros* de pruebas físicas más ó menos habilmente simuladas ó dramatizadas, no llegará nunca á conocer, ni siquiera á presentir lo que el neófito puede hacer ó dejar de hacer, decir ó dejar de decir, en una circunstancia dada de la vida real del hombre; puesto que de antemano sabe que nada ha de temer, pues juega á un juego infensivo.

Hay más aún: el profano propuesto es de honradez suficientemente conocida, única cosa esencial; y desde el momento en que se examinan los informes serios y severos obtenidos acerca de su persona, y tomados en fuentes diversas poco ménos que infalibles, ¡á qué conducen esas fútiles pruebas físicas?

Observad, por otra parte, este hecho fisiológico que generalmente se produce en las pruebas. El profano está constantemente preocupado con la idea del drama, cuya principal parte representa. Apénas concluye una de las escenas, se pregunta *¿cuál vendrá ahora?*; y de repente, en un momento dado, sin preparacion, se le dirigen diferentes preguntas sobre asuntos morales. *¿Creéis que puede responderlas con lucidez?* No es cosa muy fácil, pues harto distraido está por acciones externas que procura explicarse. La agitacion del cuerpo es siempre nociva á la calma del espíritu; de modo que el neófito responde brevemente si ó no, como al acaso, incapacitado que se halla, en tal momento, de ordenar sus ideas, de entrar en algunos pormenores sobre sus creencias particulares, su fe filosófica, de raciocinar, en una palabra. En resumen, lo que se aspiraba á conocer y profundizar, es á saber, el alcance del talento y la moralidad del profano, se substraen casi completamente á la investigacion.

Pero si poco, por este medio, se sabe acerca del estado actual de los conocimientos del profano, en cambio, las pruebas físicas tienen el incontestable mérito de divertir á los espectadores. En apoyo de esto, sólo cito las ahogadas y continuas risas que, á pesar de las recomendaciones del presidente, recorren el salon de sesiones.

Parecéme, pues, que la frac-masonería dista mucho de conseguir el objeto que se propone con las pruebas físicas.

Pero *¿en qué consisten?* me preguntareis, esas pruebas físicas tan terribles en la imaginacion del vulgo? No lo dudeis, no pasan de ser futilidades, pasatiempos, ó si así lo quereis, siendo más tolerantes, diremos que son emblemas, símbolos en accion, bajo los cuales quisiera ocultarse un fondo serio, algo filosófico que mi espíritu positivista y calculador se resistiese á reconocer en las tales pruebas. Disecad esas escenas; escudriñad la esencia de la cosa, mirad y vereis que quitada la forma, no queda nada, absolutamente nada. La forma palpable y la prueba física hablan á los ojos, y no pueden aliarse con un pensamiento verdaderamente filosófico, con la luz del espíritu. Se os dice: tal cosa representa á cual otra; es un símbolo. Convenido, siempre que se tenga toda la complacencia necesaria para admitir una semejanza, una analogia entre dos cosas por su naturaleza disemeljantes. Lo mejor que, en este caso, puede hacer el profano, es darse inmediatamente por satisfecho.

Quisiera entrar en algunos detalles y particularidades, para que de este modo tocáseis mejor la verdad de mis asertos; pero creerfase que tengo la intencion de divulgar secretos, á pesar de que todo lo que puedo decir anda por esos mundos bien y lujosamente impreso. Proporcionaos, si no las habeis leido, las obras que tratan de la frac-masonería, y apreciareis mejor la oportunidad de lo que afirmo. Esas pruebas físicas no cuadran yá á nuestro siglo, pues el espíritu, vuelvo á decirlo, ha menester de más sustancioso alimento, de pasto más conforme con su naturaleza. Para él nada es la forma; todo lo es la esencia. Si

se confia á la forma externa una gran mision, si se le atribuye una excesiva importancia, como sucede en el presente caso, se corre riesgo de impresionar los sentidos únicamente, dejando el corazon yerto y vacío.

La frac-masonería está constituida gerárquicamente, esto es, confiere un crecido número de grados á sus adeptos, no todos á la vez, sino á medida que el postulante lo suplica á sus superiores y éstos lo juzgan digno de progreso.

Los ritos de estos diferentes grados se desenvuelven en ceremonias masónicas calcadas en representaciones más ó menos teatrales, y en hechos particulares pertenecientes por lo general á la frac-masonería novelesca, hechos que, cuando menos, me han parecido muy problemáticos. Pero no siendo estos hechos históricos en rigor de verdad, ni de interés general, no creo útil detenerme en ellos, tanto más cuanto los mismos autores de la masonería están contestes en reconocer que su origen se pierde en la noche de los tiempos.

Mucho he buscado qué fondo, qué valor filosófico puede encontrarse en los ritos de esos altos grados; y aun no me ha sido demostrado su valor real desde un punto de vista moral é intelectual. Tambien aquí, como en las pruebas físicas, se nota un absoluto vacío de sentido. Me consideraría feliz si un frac-mason, mas instruido que yo, quisiera instruirme sobre este punto.

Lo que más claro veo en la recepcion de los altos grados masónicos es lo siguiente: Mientras más títulos tiene un mason, puede colgarse más cordones, delantales y blasones recamados de oro y plata, y puede encontrar más en que vanamente recrearse la debilidad humana, pues los altos grados abren generalmente las filas y en el *templo* les están reservados los puestos de honor. ¿Los tales grados proporcionan mayores y más serios y filosóficos conocimientos á los que los reciben? ¿Su ciencia se ha generalizado más? ¿Su sabiduría y luces, después de la recepcion de los altos grados, les hace más aptos para instruir y dirigir á sus hermanos? ¿Han descubierto alguna verdad que ántes ignoraban? Nô, no aumentan mas que el número de las palabras de pase y de las señales convencionales sin valor real. Han visto representar un mayor número de escenas; hé aquí á lo que se reduce todo su nuevo caudal.

Resta un último cargo que hacer á la frac-masonería, el más importante en concepto mio.

La frac-masonería se vanaglória de contar años y años de existencia. Veamos, pues, ¿qué cosa grande y generosa ha producido en el mundo, en ese largo espacio de tiempo? ¿Ha fundado una sola escuela pública ó privada, un solo hospital, un solo asilo para la ancianidad, una sola caja de seguros ó de auxilios mutuos? Nô. La frac-masonería ha hecho siempre el bien y lo hace aún en nuestros días, de un modo un poco comun y vulgar, aliviando con solicitud los pequeños infortunios que encuentra en su camino, como un simple particular; pero sin abrigar nunca la idea de imponerse al mundo, de manifestarse, de corroborarse por medio de alguna grande concepcion filantrópica. Particulares aislados, poseedores de menores capitales que los que los frac-masones podrían reunir en sus manos, en algunos años solamente, han fundado numerosos establecimientos de utilidad pública ó privada; sus obras están en pie, señalando el tránsito de esos filántropos por la tierra, y la masonería, quedándose detrás, no ha edificado nada, ella que debiera haber dado el buen ejemplo! Ha visto á gobiernos, religiones, sectas é individuos entregarse a estudio y realizacion de los problemas humanitarios; y ella los ha contemplado cruzada de brazos! Cómo! ella que cuenta siglos de existencia, que es de todos los países, que abriga en su seno millones de hombres de posiciones sociales relativamente brillantes, ¿no ha sabido dar al mundo un solo ejemplo de iniciativa, una sola lección bien comprendida de solidaridad universal? Esto es verdaderamente increíble!...

Indudable es que siempre es el bien, el bien que ella hace; pero ¿á qué reunir en un solo conjunto tantas fuerzas vivas diseminadas en la sociedad, si se las ha de emplear en obrar siempre por los mismos pequeños medios, propios de la iniciativa individual de cada uno?

Cuando se tiene todo lo necesario para ser una Sociedad poderosa en eficacia, grande

por el bien, débese afirmar su existencia de otro modo que haciendo el bien al paso, aliviando pequeñas miserias, limitadas á algunos individuos. Un gran golpe debia haber dado la masonería. Entonces se la hubiese conocido por sus obras.

Pero ¿ha de rechazarse á la frac-masonería porque no nos pareza á la altura de su misión en la actualidad? Nó, que viva ántes muchos años, y que se mantenga firme en la unión íntima de sus miembros. Ella es una de las palancas necesarias al progreso moral en los tiempos de ignorancia y de materialismo, tiempos muy próximos aún para que desdenemos el auxilio de aquella en la lucha de la luz con las tinieblas.

Tiendan la mano los espirítistas á los masones; pero éstos, á su vez, arrojen lejos de sí los espectáculos ilusorios, las inocentes perplejidades que impone á sus neófitos. ¡Atrás la masonería vulgar y festiva! ¡Campo á la masonería del porvenir, poderosa por la idea! Las instituciones que se adormecen bajo el pesado manto del pasado, que no se atreven á salir del círculo de ideas trazado por las necesidades de otras épocas y que no reconocen las nuevas, perecen infaliblemente.

Amigos, hermanos, frac-masones de todos los ritos y países, ved cómo aparece la estrella precursora de la regeneración completa de la humanidad. Ella es la tabla de salvación de la masonería. ¡No la veis? Es el Espiritismo. ¡Os negareis á tomar en vuestras manos ese faro que ilumina al mundo, y á seguir sus fulgores?...

CONVERSACIONES FAMILIARES DE ULTRA-TUMBA.

UN SUICIDIO POR AMOR.

Hace siete ó ocho meses, que un jóven llamado Luis G... oficial zapatero, cortejaba á la señorita Victorina R... cosedora de botitos, con la cual debia casarse próximamente, puesto que las amonestaciones estaban á punto de publicarse. Estando las cosas en este punto, se consideraban los jóvenes como casi definitivamente unidos, y por vía de economía, iba el zapatero todos los días á comer á casa de su futura.

El miércoles pasado, habiendo Luis ido como dé ordinario, á comer á casa de la coseadora de botitos, sobrevino una disputa á propósito de una futileza; obstináronse ambos, hasta el extremo de levantarse Luis de la mesa y marcharse, jurando que no volvería jamás.

Sin embargo, al otro dia, el zapatero, avergonzado, fué á hacer las paces y á pedir perdón; se dice que la noche es buena consejera, pero la obrera, juzgando tal vez por la escena de la víspera lo que podria suceder cuando yá no fuera tiempo de volverse atrás, rehusó reconciliarse, y á pesar de las protestas, lágrimas y desesperación de aquél, nada pudo aplacarla. Con todo, anteayer por la noche, como habian transcurrido algunos días desde la riña, creyendo Luis encontrar á su novia más tratable, quiso tocar el último resorte: llegó pues, y llamó de modo que se le conociera, pero ella se negó á abrirle; entonces tuvieron lugar nuevas súplicas por parte del desdenado, nuevas protestas á través de la puerta, pero nada pudo conmover á la implacable novia. «Adios, pues, cruel! exclamó, en fin, el desgraciado jóven, adios para siempre! Procura encontrar un marido que te ame tanto como yo!» Al mismo tiempo oyó la jóven una especie de gemido sofocado, enseguida un ruido como de un cuerpo que cae resbalando á lo largo de la puerta, quedando despues todo en silencio; entonces creyó que Luis se había instalado en el umbral para esperar su primera salida, pero se propuso no poner el pié fuera dal cuarto, mientras él estuviera allí. Apénas había transcurrido un cuarto de hora desde lo sucedido, cuando un inquilino que pasaba por la escalera con la luz, lanzó una exclamación, pidiendo socorro. De repente acuden los vecinos y habiendo la jóven Victorina igualmente abierto su puerta, arrojó un grito de horror al ver tendido en el suelo á su novio pálido y exámine.

Todos se esmeran en socorrerle mientras se va por un médico, pero pronto conocen

que todo es inútil, y que había cesado de existir. El desdichado jóven se había hundido un trinchete en la region del corazon, dejándose clavado el acero en la herida.

Este hecho que encontramos en el *Siecle* del 7 del pasado abril, ha sugerido el pensamiento de dirigir á un Espíritu superior algunas preguntas sobre sus consecuencias morales. Hélas aquí, con las respuestas que han sido dadas por el Espíritu de San Luis, en la sesion de la *Sociedad* de 10 de agosto de 1858:

1.^a La jóven, causa involuntaria de la muerte de su amante, es responsable de ella? —Sí, porque no le amaba.

2.^a Para preaver esta desgracia ¿debia casarse á pesar de su repugnancia? —Ella buscaba una ocasion para separarse de él; ha hecho al principio de su union lo que hubiera hecho más tarde.

3.^a Segun eso, su culpabilidad consiste en haber despertado en él sentimientos de que no participaba, sentimientos que han sido la causa de la muerte del jóven? —Sí, eso es.

4.^a Su responsabilidad, en este caso, debe ser proporcionada á su falta; no debe ser tan grande como si hubiese provocado voluntariamente su muerte? —Esto salta á la vista.

5.^a ¿Encuentra el suicidio de Luis una excusa en el extravio causado por la obstinacion de Victorina? —Sí; porque su suicidio, que proviene del amor, es ménos criminal á los ojos de Dios; que el suicidio del hombre que quiere librarse de la vida por un motivo de cobardía.

Observacion. Diciendo que el suicidio es ménos criminal á los ojos de Dios, se significa evidentemente que hay criminalidad, aunque ménos grande. La falta consiste en la debilidad que no se ha sabido vencer. Era ésta sin duda una prueba en la que ha sucumbido; porque dicen los Espíritus, que el mérito consiste en luchar victorirosamente contra toda clase de pruebas que son la esencia misma de nuestra vida terrestre.

Habiendo sido evocado en otra ocasion el Espíritu de Luis G... se le hicieron las siguientes preguntas:

1.^a Qué pensais de la accion que habeis cometido? —Victorina es una ingrata; he hecho mal en matarme por ella, porque no lo merecia.

2.^a Acaso no os amaba? —Nó; lo creia al principio, pero se engañaba; la escena á que di lugar le abrió los ojos; entonces se alegró de ese pretexto para librarse de mí.

3.^a Y vos la habeis amado con sinceridad? —Creo que estaba apasionado por ella, y nada más; si la hubiese querido con puro amor, no la hubiera contrariado.

4.^a Si hubiese sabido que realmente queríais mataros ¿hubiera persistido en su negativa? —No lo sé; pero no lo creo, porque no es mala; mas hubiera sido desgraciada, y es preferible que así hayan pasado las cosas.

5.^a Al llegar á su puerta ¿teníais intencion de mataros, si os desdeñaba? —Nó, no pensaba en ello; no creia que fuera tan obstinada; sólo cuando vi su obstinacion, se apoderó de mí un vértigo.

6.^a Parece que sólo sentís vuestro suicidio, porque Victorina no lo merecia; es éste el único sentimiento que experimentais? —En este momento, sí; estoy aún del todo turbado; me parece encontrarme á su puerta; pero siento otra cosa que no puedo definir.

7.^a La comprendereis más tarde? —Sí, cuando esté despejado... He obrado mal, debiera haberla dejado en paz... He sido débil, y sufro el castigo... Yá lo veis, la pasion ciega al hombre, y le hace cometer muchas necedades. Las comprende cuando yá no hay remedio.

8.^a Decís que sufriis, el castigo; ¡cuál! —He obrado mal abreviendo mi vida; no lo debia hacer... debia soportarlo todo primero, ántes que cortar mis dias, y ademas soy desgraciado y sufro; siempre es ella quien me hace sufrir; me parece estar aún allí, á su puerta; ingrata! No me habléis más de ella en quien no quiero pensar más, porque me lastima.

A. K.

DISERTACIONES ESPIRITISTAS.

LA FE.

(Barcelona 23 de julio de 1870.)

Loado sea Dios.

Hermanos mios, esta noche voy á deciros algo sobre la fe.

Antes de entrar de lleno en el asunto, me permitiré hacer un pequeño símil, que creo muy del caso, para la más fácil manifestacion de las ideas, por mi parte, y comprension vuestra; así, pues, diré:

Conociendo al hombre, se conocerá á la humanidad: siguiendo paso á paso la serie de las manifestaciones del mismo, tendreis, segun bajo el prisma que se le observe, la serie de las manifestaciones de aquella: empezando por el *nosce te ipsum* de los griegos, adquiriremos el conocimiento de la humanidad entera.

Ved al hombre, en los débiles fulgores de su inteligencia, en los primeros albores de su terrestre vida, quedar extático ante las impresiones que nos son habituales á mayor edad; ved al hombre niño, admirándose á cada paso, á medida que se desarrollan sus funciones de relacion, al contacto de los seres materiales que despiertan sus sensaciones; en vano intentareis separarle del objeto que le embriaga, apoyado en la razon de que le es nocivo, sin que ese niño lllore, ó se afija, al méno, calificándolo, si llega el caso, en su fuero interno, de injusto y de cruel; vedle más adelante, en su época imitativa, deslumbrado, llevar á sus juegos infantiles los rasgos caracteristicos de otras épocas más adelantadas: vedle luego en los años de su comparacion, en alas de su infatigable afan, con fe y saturado de entusiasmo, marchar en pos de lo justo, de lo grato y de lo bello; y v'd despues, en su deductiva edad, cómo esa alma transida de dolor, de cansancio y de fatiga, se abandona luego á su tédio maldiciente, mirando con desprecio cuanto pudo exaltarle, y al recuerdo de sus épocas pasadas, suspirar desengañado. La memoria de sus años juveniles, sólo arranca é sus labios una sonrisa sarcástica y desdenosa, lógico fruto de su imprudente ignorancia. Más adelante, ese hombre que aparece indiferente al examen analítico de sus anteriores épocas, se ha elaborado un criterio nuevo y marcha consecuente y en razon directa de las fuerzas de su inteligencia y su conciencia. Oh! si, hermanos mios, mientras el hombre escucha sólo los impulsos de su corazon, sin dar participación á la cabeza en los actos de su vida, marcha desnivelado como el carro que sólo funciona con una de sus ruedas; aquel hombre y este carro terminan por desquiciarse, si no detienen su carrera, para empezar de nuevo una marcha gradual y armónica.

Ahora bien: infante la humanidad, como el niño, pone su confianza en lo maravilloso y rechaza la razon. A todo lo que á sus sentidos se presente sin impresionarlos fuertemente, con dificultad le dará valia intrínseca, antes de llegar á las épocas especiales de su desarrollo.

Observad esa humanidad naciente (1), en absorta contemplacion ante el fenómeno que la impresiona; miradla rindiendo tributo de su admiracion y considerando sacrificio el estudio del efecto, que le fascina, y encerrada en el respeto estúpido de su supersticion —porque supersticion es el culto que se presta indebidamente— arrastrado por sorprendentes efectos naturales, ó subyugado el ánimo por la abstraccion de lo maravilloso.

Innato en el corazon humano el sentimiento de una cosa superior á cuantos nos es sensible, ESENCIA MISMA DE LA CREACION, y débil la inteligencia para dar, desde este punto de partida, el primer paso en sus funciones de observar y deducir; la Humanidad, conforme con este sentimiento y constante con su debilidad, á la plácida contemplacion de la espléndida y mágica luz del dia, concibió la existencia de su génio benéfico, que adoró, y

(1) No se tome en la exticta acepcion de la palabra, pues hubo entonces, en el estado actual de la humanidad existe, y en los siglos venideros siempre habrá, hasta que el predominio espiritual sea nivelado, humanidad en los diferentes periodos de desarrollo intelectual.

• presencia de la obscura y silenciosa noche, entre sus ondulantes crespones, creyó ver envuelto otro génio severo, tétrico é irritable que adoró tambien.

Hé aquí á la humanidad, marchando con preocupaciones sagradas y entre los dos principios de toda religion, rindiendo tributo á las tinieblas y glorificando la luz.

Empero, siendo demasiado sintéticos estos dos principios para la joven humanidad, la veis, más tarde, dando satisfaccion á sus pobres sentimientos, crear una escala gerárgica de divinidades, formada de la influencia física de los fenómenos observados, y bajo la representacion más natural y genuina de los mismos. Así veis, que al ronco estruendo de las tempestuosas nubes, levanta con espantada imaginacion, un sagrado para el *Dios del trueno*; que al sordo ruido del fragor interno de la tierra que ruge á sus pies, surge otra concepcion, que el estupor consagra á la cólera del *Dios de las profundidades*; al observar del rio la magestuosa corriente, que inunda la ribera y á su accion fertilizadora, las plantas levantarse agradecidas, ofreciendo la abundancia, veis del mismo modo crear Dioses benéficos, divinizando aquel rio y la feracidad. La Humanidad en su furor divinizante, vió dioses en las aguas, en los aires; vió dioses tanto en los animales utilizables, como en los más inmundos y asquerosos; vió dioses en los bosques y en las selvas, en los campos y hasta en las plantas ménos singulares; vió dioses en todas partes; en sus mismos sentimientos y presidiendo sus mismas acciones; y para que nada quedara sin divinizar, erigió un templo al *Deus ignotus*.

Más tarde, esta humanidad febril, desencantada en su accion divinizadora, porque los dioses no correspondian á sus respectivas funciones, cuando eran implorados con relacion á las necesidades de la humanidad misma, reaccionó en sí y, salvando los límites de la etiqueta celeste, desprendiéndose del temor, del respeto y de la gratitud que estas creaciones inspiraron, fueron arrojados de los lugares de su imperio y relegados al olvido, porque la voluntad humana fuerte y avasalladora, se levanta arrogante dando su primer paso contra la supersticion.

¡Deberemos exclamar á guisa de Reyes destronados: ¡Humanidad ingrata, cómo olvidas caprichosa los beneficios? Nó, de ningun modo, ántes al contrario: Humanidad, eres lógica, ¡dónde estaría la manifestacion flagrante de tu adelanto intelectual? ¡Dónde la primera huella indeleble del progreso humano? ¡á qué seguir estúpidas preocupaciones, si la sucesion del dia y de la noche te la explicas yá, aunque defectuosamente? ¡Si el animal obedece á su instinto, si la cebolla se produce cual otro vegetal cualquiera? ¡Ah! nó, sigue, Humanidad, tu progresiva marcha, tu marcha triunfante é irretrogradable, que aunque lenta, tú irás marcando en tu camino, las grandes etapas de tu purificación y terminarás, como la crisálida, partiendo de este globo, en tu más brillante faz para atravesar á tu alvedrio las proriedades insondables del espacio.

Sí, hermanos, la Humanidad, decia, había comprendido la inutilidad y lo absurdo de sus dioses, y derrocó su Olimpo; no obstante, conservó á Júpiter en la necesidad de satisfacer un sentimiento interno, porque su inteligencia, no tan lúcida como su época posterior, pasó de largo ante las cualidades virtuales que al dios éste le concedian, sin poder distinguir la irrisoria figura de un sér superior, enojable y contentadizo, fatal, veleidoso é injusto como no puede ménos de ser toda concepcion, que fija en una entidad el principio absoluto del bien y del mal, cuando estas dos voces son en sí tan relativas.

La Humanidad con la guadaña de su criterio había segado el campo de la supersticion, que bajo el peso de su ramosa espesura, hubiera ahogado el desarrollo de la fé naciente. Los precursores del divino sembrador, preparaban las amelgas, y á su tiempo fué exparcida la semilla de la fé, desde el punto céntrico del mundo conocido. La humanidad sintió su germinacion. Seca la tierra, esquilmada por la vegetacion supersticiosa, necesitaba ser regada á la aparicion de los retoños y, desde la cumbre del Gólgota, brotó el agua roja que habia de fecundizar la siembra; un rio, nó; un mar, tampoco; un nuevo mundo de luz y vida se infiltró en las entrañas de aquellos campos sedientos y delirantes. Empero, la Humanidad, sólo había segado las raíces de aquella planta nosciva; impotente ó descuidada, no se ocupó en remover su suelo; las raíces retoñaban y la planta expontánea del obscuro

rantismo, pronto se desarrolló de nuevo: no obstante, la fe crecía frondosa, aunque agobiada bajo el peso tiránico de la superstición.

Tierna la fe, débil y flojo el terreno en que se hallaba implantada, la Humanidad comprendió la necesidad de un sustentáculo que de apoyo le sirviera, hasta su completo y profundo arraigamiento.

Claro está. ¡Pobre Humanidad! En el mundo de las formas, era preciso el símbolo, el sustentáculo de la fe. Hallado el símbolo, estaba resuelto el problema.

La vista humana, aún al volverse hacia el Calvario, distingue claramente levantado en él el labaro santo del Cristianismo.

¡Allí, en un madero, y en el que, entre dos ladrones y en medio de una muchedumbre ciega, sorda y ebria, el hijo humilde del humilde obrero se inmoló en forma, porque su aliento vivificante aún se siente en el pecho humano y se sentirá por los siglos de los siglos!

Sí, hermanos, el reino de la fe se consolidó con la terminación de la sublime epopeya del Nazareno; de aquel ser infatigable; aquella personificación del heroísmo, de la paz y del amor; aquel Judío que sólo con su voz y mansedumbre, atrayéndose la atención de perdidas, esclavos y pordioseros, conquistó al mundo, al removerlo por su base!

Este maravilloso resultado á nada más fué debido que á la fe.

La Fé!...

¿Y qué es la fe? ó mejor dicho ¿qué fué la fe? ¿qué fué este misterioso talismán que con su portentosa virtud cambiaba el modo de ser á todo el que lo conocía? ¿Qué? «El crédito que se dió al dicho por la autoridad del que lo dijo.»

Por esto veis que el dicho reshalaba de los labios del divino maestro y el eco suyo fué reflejado fielmente por los receptores de su mágica voz, y la fe fué vívida, edificante, invadió el palacio y la cabaña, movió la esteva del labrador, y desde la cadena del esclavo, hasta la corona del César, sintieron la influencia galvánica de su acción; pero desde que este dulce y limpio manantial de amor y paz fué enturbiado por el fanatismo, la fe perdió su pureza, perdió su esencia, perdió su autoritativo origen, y fué mistificada.

Recorred la historia imparcialmente y vereis que, desde que la fe se erigió el trono con que reemplazó al apostolado evangélico, cobiizada en el régio alcázar, empezó á palidecer y marchitarse, como la planta á la que falta la luz del sol y el aire libre.

En Gregorio VII yá la fe se vió consumida por su horrible parásito el fanatismo; yá Inocencio III, en su legado á Beziers, esta trágica plaga de la sociedad, le inspiró la frase que el mismo Neron hubiera envidiado. «Aeuchilados á todos, que Dios sabrá reconocer á los suyos.» Esta era la justicia del representante de la mansedumbre cristiana! A los brazos del Vicario de Cristo, que no debieron moverse sino para abrazar y bendecir; por la tenaz y furiosa intolerancia, los veis crispados lanzando anatemas! Bien pronto los excesos de los Papas hicieron olvidar los excesos de los césares!...

Mas prosigamos y veremos las formidables falanges de hussitas, queriendo vengar la muerte de su maestro en una serie de horribles batallas que duraron años y años con la misma tenaz y furiosa intolerancia, hasta que fueron vencidos.

Surgió después Lutero, y enciende de nuevo la Europa; hay una tregua al principio del siglo XVI, por la dieta de Neuremberg y otra al fin, con el edicto de Nantes; pero llega un Rey fanatizado con la creencia de alcanzar el perdón de sus crímenes y enciéndese de nuevo la hoguera religiosa, que fué apagada por el torrente revolucionario. Las chispas que dejó tras sí, más tarde, con la restauración, vuelven á emprender la lucha, aunque en menor escala.

Ahora bien ¿qué es ese heroísmo de los mártires, ese furor de los verdugos del uno y del otro campo? ¿Qué esas terribles y devastadoras luchas á las que cada bando concurre, creyendo su estandarte santificado, donde cada víctima cree marchar directamente al cielo, donde á los votos y los ruegos fervorosos, que á Dios envían, se mezclan encontrados deseos, ántes de pasar de a atmósfera caliginosa de sus combates? ¿Qué es, en fin, ese mar de sangre humana, cuyas espumas y humeantes olas aún expiran á nuestros pies, trayéndonos en su seno los suspiros y lamentos de sus naufragos? Es el reinado de

la fé en la tierra, desprovista de su aroma, *la coridad*; es el reinado de la fé enferma, de la fé prostituida; es el imperio del fanatismo ó de la tenacidad, del furor y de la intolerancia.

¡Pobre Humanidad, la que creyó ver en aquellos heréticos y en aquellos protestantes, los precursores de la verdadera libertad objeto de sueños incesantes! ¡Pobre humanidad la que tambien pensó conservar la inmunidad cristiana, por que la fuerza moral y física le ayudó excesiva!

Los mansos de espíritu, los que han hambre y sed de justicia, los que ansian el reino del amor, no pueden reconocer á los apóstoles de la fé y de la caridad evangélica, ni en los Papas, ni en los reyes, ni en los herejes y cismáticos, ni en los jefes todos de los diferentes bandos, que desde Ebion, hasta la fecha, como los sayones romanos, queriendo despedazar la túnica de Jesús, se vienen disputando el monopolio del Evangelio.

¡Esos verdugos y esos mártires, no han podido ser jamás los sostenedores de la palabra del Mesías! Los que creyeron que Dios estaba de su parte, para matar á su hermano que no creia como ellos! Los que, al combatir, imponfanse la fé, acuchillándose y quemándose reciprocamente, como Calvino lo hizo con Servet (1); los que, como cristianos, regaban con sangre humana los campos de la Palestina, y convertidos luego en hugonotes, sacrificaban á los papistas con la torpe pretension de agradar á Dios con el exterminio! Los que con saña horrible pretendieron implorar la infalibilidad de la fé extraviada! no conocieron jamás las divinas frases del *sermon de la montaña*.

Hé aquí á la Humanidad, despues de esta etapa, en ese período análogo al símil que os expuse, al principio de mi elucubracion.

Hé aquí á la Humanidad *transida de dolor, de cansancio y de fatiga, abandonarse despechada á su tedio maldiciente, mirando con desprecio cuanto pudo exaltarla y, al recuerdo de sus épocas pasadas, suspirar desengañada*.

Hé aquí la Humanidad ante ese cúmulo de excesos, ante ese dédalo de contradicciones, agitarse desalentada en los brazos de la duda. Ese terrible estado en el que el alma desconcertada, nada asfixiándose en un vacío real; ese negro y inmenso abismo, donde el débil se sepulta, esperando el auxilio allá en su fondo; esos tristes momentos en los que nos arrebatan la esperanza, dejándonos en un mar embravecido, sin fondo, sin luz y sin guía.

¡Ah! Empero, por fortuna no está lejos del último período en el que la Humanidad saliendo de su estado desesperante, *al examen analítico de sus épocas anteriores, se elabore un criterio nuevo*, que, en consonancia con su razon y su conciencia, aprecie la verdadera fé cual salió de los lábios del Nazareno, la fé emanada de la caridad, la fé viva, la fé ardiente, la fé ilustrada, la fé comprobada, si se me permite la frase.

En resumen: hemos reconocido los diferentes períodos de la Humanidad (1); la vimos, como el recien nacido, extática ante la luz; luego, como un niño, formando un ejército de Dioses, que derriba cansada de ordenarles en batallones; despues, como el adulto, que corre en alas de su entusiasmo; más adelante en su virilidad, descreida al tocar el desengaño de sus arrebatos y entrando en el período de su cordura por la comprobacion.

Todas las épocas tienen sus desaciertos.

La verdad es una.

Entrase en el período en que el hombre siente la necesidad de nivelar su corazón y su cabeza para marchar equilibrada en su carril. No puede funcionarse con una sola rueda sin peligro de perecer.

La verdad es el todo, y la verdad no puede apreciarse, ni puede conseguirse sin la fé y la caridad, esto es, sin el sacrificio y el amor.

La verdad en si, es absoluta; pero en el mundo de las formas es muy relativa y necesita comprobarse. La verdad es la luz; segun su grado de refraccion, manda el espectro á nuestros ojos un color, y no por esto la luz del sol es roja, por ejemplo, violada ó ama-

(1) Servet era protestante, pero difería de Calvino.

(1) Superstición—Fé fanatizada—Duda y Albores de la fé ilustrada.

rilla exclusivamente, pues la luz como la verdad, es el conjunto ó principio de todos los colores, bajo los cuales se pueden mirar los objetos ó las ideas.

Sentado esto, hermanos, sigamos estudiando leal y sinceramente para la completa nivación del saber y el sentir humanos. Saturémonos de ese aroma santo que liga al cielo con la tierra; fundémonos en la fe racional, en ese misterioso erisol, donde al suave y grato calor del amor, el sér se purifica para llegar á Dios.

VUESTRO ESPÍRITU AMIGO.

BIBLIOGRAFÍA.

MARIETTA, PAGINAS DE DOS EXISTENCIAS (1).

Con este título, la laboriosa sociedad «Progreso espiritista de Zaragoza,» acaba de publicar una muy preciosa obra medianímica, cuya lectura recomendamos eficazmente á todas las personas de buen gusto literario. A nuestros hermanos en especial se la recomendamos, yá como obra literaria, yá como desarrollo de muchos puntos de la doctrina espiritista, ora como muestra de la lógica justicia del Eterno, tan proclamada por el Espiritismo, ora como delicado conjunto de esperanzas y consuelos. *Marietta* es un libro que deleita, instruye y consuela; es una prueba palmaria de que en literatura, como en todo, el Espiritismo viene á completar lo hasta ahora incompleto, á llenar los huecos hasta el presente por nadie llenados.

Hay libros que se sobreponen al juicio crítico. Para formar concepto de ellos, para sentirlos y apreciarlos, es preciso leerlos. *Marietta* pertenece á este número. Sólo de un modo pueden darse á conocer estas obras, y es citando párrafos de ellas. Así pensábamos hacerlo nosotros; pero hemos desistido de nuestro propósito, porque el citar uno equivaldría á señalarlo como superior á los otros, y *Marietta* es igualmente precioso en todos y cada uno de sus párrafos. Es una belleza que empieza en la primera línea y concluye en la última; es una serie de situaciones anímicas que se encadenan unas con otras, robusteciéndose en hermosura las primeras con las segundas y las segundas con las primeras; es un magnífico ramo de delicadísimas flores, todas bellas por igual, todas por igual olorosas. Ofrecedlas una tras otra, y ofrecereis siempre una obra digna de admiracion y elogio; pero sólo ofreciendo todo el ramo, en su conjunto y armonia, dareis una exacta idea de su admirable galanura.

Quereis saber hasta dónde alcanza la belleza de *Marietta*? Pues prescindid de juicios críticos; leed el libro, y lo sabreis perfectamente. Es una obra nacida inmediatamente del sentimiento, y sólo sintiéndola, puede apreciársela con exactitud. Ved, pues, porque concluimos cómo empezamos: recomendando eficazmente la lectura del libro que nos ocupa.

MISCELÁNEA.

Una aparición en Vich. — Dios, en su infinita sabiduría, habla á cada pueblo, y aun a cada individuo en particular, el lenguaje que le corresponde. A los pueblos apegados á la materialidad del símbolo, háblales el lenguaje material de los fenómenos físicos, que impresiona fuertemente los sentidos; á los pueblos que, por el contrario, se deleitan en la esperitualización de la creencia, les habla el lenguaje de los conceptos filosóficos, que impresiona las facultades mentales.

El Espiritismo ha demostrado prácticamente esta gran verdad, clave mágica sin la cual son incomprensibles las evoluciones filosófico-religiosas de la humanidad encarnada en nuestro planeta. En las poblaciones amantes de las exterioridades, los Espíritus se han manifestado ruidosamente, acudiendo á la *tiptología*, á los aportes, á las visiones y demás fenómenos físicos. No así en los pueblos más emancipados de las formas externas, donde las manifestaciones esencialmente intelectuales han sido las elegidas con predilección.

(1) Zaragoza, tipografía de Calisto Ariño; 6 rs. el ejemplar.

A Vich y á su comarca, los Espíritus, mensajeros de Dios, han hablado recientemente el lenguaje de las manifestaciones materiales. Allí, en la plaza pública, en pleno día, á presencia de la multitud asombrada, ha tenido lugar la aparición de una persona recién muerta, que vieron y reconocieron varios y distintos sujetos. Hé aquí en qué términos se nos refiere el suceso, en carta de diciembre próximo pasado:

«Como unos ocho días tenía de muerta Josefa Basas, cuando un domingo por la tarde, la gente empezó á decir que detrás de los cristales de la casa de la difunta—casa situada junto al café, hacia la calle de la Riera—se la veía á ella, con cuyo motivo aumentó tanto la curiosidad, que la plaza estaba llena de personas de todas clases y condiciones. Como los dueños de la casa se hallaban ausentes, la autoridad tomó cartas en el asunto, ordenó la apertura del balcón y todo concluyó enseguida.

«Yo, como más curioso que la generalidad, me dirigí á las personas que decían haber visto mejor á la difunta Josefa, y entré en conversación con ellas. La primera con quien hablé fué con la esposa de Barjan, impresor de esta ciudad, y al decirle: «¿También ves á Pepa?», me contestó: «Vén y la verás.» Hízome colocar en la posición que juzgó más conveniente, y añadió luego: «Está en el primer cristal, se le distingue toda la cabeza hasta el cuello, tiene un pañuelo y además un gorro, y al extremo del cristal, se vé perfectamente el lábido que tenía partido;» y describia tan bien las facciones, que parecía tenerlas á la vista. Tanto era así, que al manifestarle yo que nada distinguía, me contestó incómoda: «No tienes ojos, ó no quieres ver.» Y lo mismo me sucedió con un operario mio y varias otras personas, pues son muchas las que han visto á la difunta; y lo más raro es que *todas la han descrito del mismo modo, a pesar de lo distantes que estaban unas de otras.*»

Los incrédulos, ó mejor dicho quizás, los que todo lo niegan, cuando contraría ese todo sus particulares tendencias, no darán probablemente crédito á la aparición que recientemente ha tenido lugar en Vich. Dueños son de hacerlo, pues en su derecho están; pero quisieramos nosotros que nos contestáran racional y satisfactoriamente á estas preguntas: ¿Qué gana la mayoría de los habitantes de Vich representando una farsa? Y si la farsa existe, en efecto, ¿cómo en ella han tomado parte personas de todas clases, condiciones y ideas? ¿Cómo han podido fraguarla, sin que de un modo ó de otro haya trascendido al público, siendo tan difícil el secreto áun entre dos solas personas? ¿Cómo todos han estado perfectamente conformes en lo sustancial y en los pormenores del suceso? ¿Será que en realidad no ha habido farsa; pero sí ilusión? Mas ¿cómo es posible que tantas y tantas personas se hayan forjado una misma ilusión y á un mismo tiempo? ¿Es esto lógicamente aceptable? Nosotros lo dudamos, y como sabemos que científicamente son posibles y explicables semejantes fenómenos, que corresponden al mundo espiritual, admitimos la aparición que ha tenido lugar en Vich, ó cuando menos, aceptamos su probabilidad científica.

Cómo se ha verificado y por qué, no es ésta la ocasión y sitio de decirlo. Los que deseen saberlo, busquen la explicación en las ciencias vulgares, y si ellas no se la dán, como creemos nosotros, pídanse al Espiritismo, que éste se la ofrecerá inmediata y categoríicamente.

Precocidad para el crimen.—En la miscelánea de nuestro número anterior, hablamos de un niño de Pontevedra que, á la tierna edad de 3 años y 9 meses, canta maravillosamente piezas de ópera. Hé aquí parte del reverso de aquella medalla, es decir, otro niño que ofrece muy distintos conocimientos adquiridos. Habla un diario de esta localidad:

«Refiere un colega valenciano que «Costelleta», niño que apenas cuenta nueve años, y que se ha hecho célebre por sus instintos criminales, se escapó de manos de la policía el sábado, por la noche, de la puerta de San Juan, donde se hallaba tallando ó jugando á la carteta con dos niños más, de muy corta edad.

Registrados éstos, se les encontró diez ó doce reales en cuartos producto, sin duda de algún robo, los cuales les fueron quitados por el inspector y entregados á algunos pobres.

A este paso el muchacho será una notabilidad ántes de llegar á los veinte y cinco años. »

Quisiéramos saber cómo resolvieran los otros sistemas filosóficos el trascendental problema de psicología, planteado en las anteriores líneas, siempre, por supuesto, sin menoscabo de la bondad infinita y de la infinita justicia del Eterno; quisiéramos que, poniéndose por un momento en el lugar de éste, contestáran á la siguiente pregunta que bien puede dirigirle el padre de Costelleta: ¿Por qué al de Pontevedra le has dado un hijo que le honra y deleita con sus cantos, y á mí este malvado que me avergüenza y apesadumba con sus crímenes? Mientras las otras doctrinas, que se mofan de la espiritista, enmudecen ante esta cuestión, ó la evaden con un subterfugio, oigamos lo qué contesta el Espiritismo, y digásenos despues quién podría reirse y mofarse.

Costelleta es un Espíritu atrasado aún; ha vivido pocas existencias ó, si ha vivido muchas, las ha empleado en satisfacer sus vicios y malas pasiones. Hoy, vuelto desde la erradicidad, al mundo de la encarnación terrestre, dà muestras de lo que anteriormente ha sido, á pesar de que, como es casi indudable, hizo propósitos de bondad y de rectitud ántes de encarnarse. Si continúa como hasta el presente, la actual existencia poco ó nada le aprovechará, y despues de los tormentos morales de la vida errática, habrá de volver otras y otras veces á este planeta, sino á alguno aún inferior, donde se rehabilite de sus culpas, practicando la virtud y cultivando la inteligencia. Si, por el contrario, sobreponiéndose á sus naturales instintos, á su *pecado original*, practica desde ahora el bien y desenvuelve sus facultades intelectuales, la presente existencia puede serle muy provechosa, y hasta evitarle el tener que volver á este mundo de expiación y de prueba. ¿Qué reis mayor bondad y más estricta justicia por parte del Eterno?

Pero el padre ¿qué culpa tiene? Acaso mucha, acaso ninguna; acaso en alguna de sus anteriores existencias fué mal hijo, y es hoy castigado por donde mismo pecó; acaso es un Espíritu afanoso de grandes progresos, que solicitó, y obtuvo la difícil prueba de dirigir en este mundo un Espíritu rebelde, por lo cual Dios ha permitido que nazca *Costelleta* en su familia. Como quiera que sea, el Espiritismo es siempre justo y lógico en su solución.

* * *

El Espiritismo y el Catolicismo en Salamanca.—En aquella ciudad, tanto han hostigado, y áun insultado, los católicos romanos á nuestro particular amigo el Dr. en medicina D. Anastasio García Lopez, desbarriendo lastimosamente sobre Espiritismo y Magnetismo, profesados concienzudamente por aquél, que le han puesto en la precision de contestarles en un folleto que titula *Refutación del folleto titulado la catedra de los curiosos* (1). Recomendamos á nuestros lectores esta obra que, aunque de pocas páginas, revela en su autor vasta erudición, profundo talento y mucho estudio de la materia, que trata magistralmente. Felicitamos al Sr. García Lopez por su acabado trabajo y, s algo valen nuestras súplicas, le rogamos que haga correr con más frecuencia su autorizada pluma, para la propaganda y exposición del Espiritismo. A su disposición están las columnas de la REVISTA ESPIRITISTA, que se honrará con insertar sus artículos.

Excusamos decir que nuestro amigo y hermano ha batido en toda la línea á sus adversarios, quienes con sus calumnias y inexactitudes han arrancado á la pluma del Sr. García frases quizá harto duras, en ciertas ocasiones, aunque nunca tanto como las que contra él han usado aquéllos.

Discusion religiosa en Esparraguera.—La ha habido, aunque cortés, animada entre un materialista y un católico. Aplaudimos estos torneos de la inteligencia, en los cuales gana la cultura de los oyentes, se desarrolla el ingenio de los que combaten y se robustece la fe de todos. En nuestro siglo, la discusion es el tamiz por donde ha de pasar todo, y no vale negarse á ella; porque esto no la evitará nunca. El Espiritismo, conforme en esto con el siglo, lo discute todo y desea que todo lo suyo se discuta, pues está seguro de que este procedimiento le es favorable. Lo que deplora, y con razon, es que se le censure sin haberlo estudiado detenida y desapasionadamente.

(1) Salamanca: Imp. de D. Sebastián Cerezo.

La discusion en Esparraguera versó con especialidad sobre los milagros. En nuestro humilde concepto, el orador materialista venció al católico en este punto, pues los milagros, tal como los expone el catolicismo, implican, en efecto, parcialidad en Dios y derogacion á leyes, que por ser universales y eternas, no son derogables. Nuestra opinion acerca de los milagros, héla aquí, tomada del folleto del Sr. García Lopez, á que aludiamos, há un instante:

«Todo fenómeno del mundo espiritual es tan natural como los pertenecientes al mundo físico. No hay ni ha habido jamás milagros en el sentido de la realizacion de hechos contradiciendo las leyes naturales. Hay milagros y prodigios, si, en el sentido de realizarse hechos admirables, testificando la sabiduría divina, y en este concepto todo es milagro en la creacion. Solamente que se ha querido hallar su relacion con leyes del mundo físico, y como no es por ellas por las que se rigen, aparecian como en contradiccion con esas leyes. Y éste es uno de los vacíos que ha venido á llenar el Espiritismo en la ciencia....»

En efecto, el Espiritismo, por medio de la ley de los fluidos, del perispíritu, ó cuerpo espiritual, que decia San Pablo, y la intervencion del mundo espiritista en el material, explica satisfactoriamente muchos de esos hechos que el materialismo niega rotundamente y el catolicismo acepta como derogaciones de las leyes naturales, incurriendo ambos en error, en concepto nuestro.

Una profecía.—La que á continuación insertamos ha sido publicada por el *Boletín Eclesiástico* de este obispado en su número del 1.^º de Enero. Dice así:

«A mediados del siglo xix se promoverán desórdenes en todas partes de Europa, y especialmente en Francia, en la Helvética y en Italia; se formarán repúblicas; desaparecerán varios monarcas y prelados, y los religiosos abandonarán sus claustros: el hambre, la peste y el terremoto desvastarán muchas ciudades. Roma abdicará su cetro ante los ataques de los falsos filósofos. El Papa será cautivo de sus súbditos, y la Iglesia de Dios, que será despojada de sus bienes temporales, se verá en la condición de tributaria. Poco después morirá el Papa. Un monarca del Norte con numeroso ejército recorrerá la Europa, destruirá las repúblicas, y exterminará á todos los rebeldes; su espada movida por Dios defenderá eficazmente la Iglesia de Jesucristo; combatirá en favor de la fe ortodoxa, y atacará al imperio mahometano. Un signo celestial acompañará al nuevo Pastor de la Iglesia, que será sencillo de corazón, y señalará al pueblo la doctrina de Jesucristo, y se restablecerá la paz en las naciones.»

Publican ésta profecía dos autores, Rodulphus Snassy «In suo opere, edito Angusto, anno» 1623, y pág. 610; y también Gethier en su libro «Fluctus mysticæ navis 1675.»

Prescindiendo de ciertos pormenores, la anterior profecía se ha cumplido en muchos de sus puntos, y nada extraño sería que se cumpliese en los restantes. Como nosotros los espiritistas no negamos el don de profecía y su posibilidad científica en el varón recto de costumbres y de conducta pura y honrada, nada tenemos que objetar á la publicada por nuestro apreciado colega el *Boletín*. Pero quisieramos que sus redactores contestasen satisfactoriamente á esta pregunta: ¿Por qué, si el Catolicismo sostiene la verdad de la profecía en los católicos, censura agriamente á los espiritistas que aseguramos que todo hombre honrado y justo puede recibir en su razón y en su conciencia revelaciones acerca de lo futuro? ¿Será que Dios ha hecho de la profecía un privilegio exclusivo de los católicos? Si esto está conforme con la bondad y justicia del Eterno; si el que no conoce aceptación de personas, favorece mas á unas que á otras; el Catolicismo tiene razón; pero, si fuere lo contrario, como lo es, la razón está de parte de los que sostienenmos, que la profecía puede ser extensiva á todos los justos que, conociendo la ley, la practican. Por esto ha habido profetas, más ó menos inspirados, en todos los tiempos, países y religiones.

ADVERTENCIA.

La administración de esta *Revista* no tiene relaciones editoriales mas que con la «Sociedad barcelonesa propagadora del Espiritismo.» Por lo tanto, la correspondencia con ésta y con aquélla, debe dirigirse exclusivamente á D. Arnaldo Mateos, Palma de San Justo, 9. Sólo haciéndolo así, no experimentarán retraso las contestaciones y remesas.